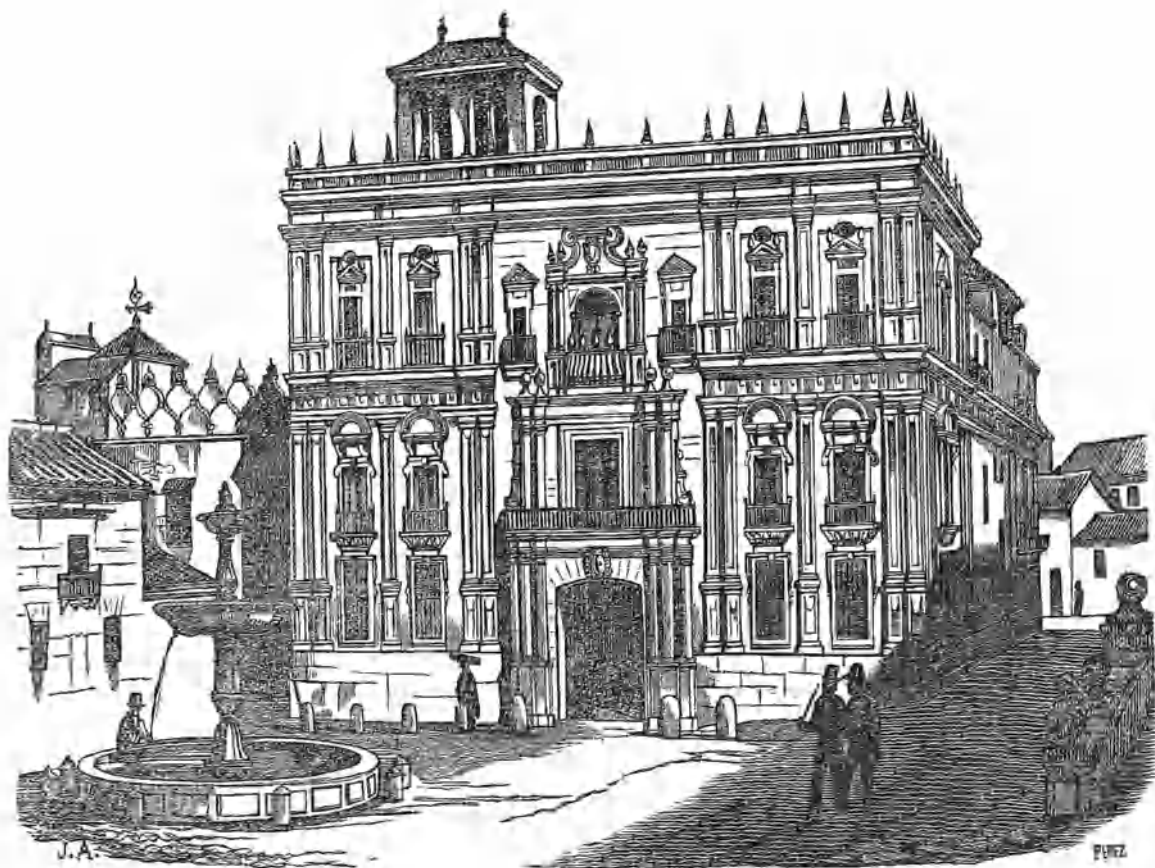


ESPAÑA ARTISTICA.



El Palacio Episcopal de Málaga.

A pesar de que la comarca de Málaga no es de las mas ricas en obras de arquitectura, el edificio cuya vista ofrecemos á nuestros lectores, no carece de mérito, y luciría mucho mas si no tuviese delante la hermosa Catedral, cuyo dibujo puede verse en el Semanario del año último, número 31.

Segun consta de una cédula Real espedita por el Emperador Carlos V en Valladolid á 15 de enero de 1523, D. Diego Ramirez de Villaseca de Haro, invirtió doce mil ducados en la construcción de la portada del Sagrario, y en una casa episcopal para su propia morada, como segundo prelado que gobernó la diócesis despues de la restauración. Fue dicha casa un edificio reducido que daba frente á la calle de Sta. María, sin adornos y con un solo balcon.

Conociendo D. José Frauquis Laso de Castilla, ilustre sucesor de aquel prelado, la incomodidad y estrechez del edificio, compró algunos otros inmediatos, é hizo concluir el palacio de que nos ocupamos, á costa de sus rentas en 1772. No se siguió para su

construcción el diseño que se proporcionó del célebre Colegio de Cuenca que habia erigido en Salamanca el mencionado Sr. Ramirez, prevaleciendo el gusto churrigueresco de la época, bajo las inspiraciones del arquitecto D. Antonio Ramos, como se advierte fácilmente en las pesadas romanatas ó guardapolvo de las ventanas del primer cuerpo, que destruyen la regularidad del cornisamento; así como en los demas adornos que penden de las pilastras, agrupándose en los relieves tan contrarios al buen gusto y á la nobleza de las artes. La suntuosidad de la portada y la riqueza de sus mármoles, son un postizo en la fachada, erigido por la especial devoción del Señor Frauquis Laso á Nra. Sra. de las Angustias, cuya imagen de alabastro hubiera sido de desear que apartada de las irreverencias públicas, se hubiese trasladado á una capilla interior, sin que esta adición heterogénea llegase á destruir la armonía del edificio.

La escalera principal de él, y en especial el primer patio presentan mas regularidad, á pesar de las

prominentes archivoltas y otros adornos inútiles. Las fachadas del jardín, en especial, no parecen de la misma mano, por lo bello del conjunto. Este palacio, sin embargo, llama la atención, y le hemos creído digno de ocupar un lugar en el Semanario.

COSTUMBRES POPULARES.

LA CRUZ DE MAYO (1).

II.

La fuente del Avellano.

Todo se tranquilizó y siendo bien avanzada la noche, tratóse de cerrar la fiesta subiendo á la *f fuente del Avellano* (2) como es costumbre. Rosa levantóse presta, aunque sin cobrar el colorado rosicler de sus megillas; y curado Minuta de una leve herida que tenía en la cabeza, el Canario de una *pinjá de pase*, y colocado en medio del arroyo, él al parecer muerto (sino atronara el barrío con sus ronquidos) tomaron los hombres sus capas, las mugeres sus pañuelos, y se puso en marcha la alegre comitiva.

—«Comae (dijo Tagarote dirigiéndose á la tia Tarasca) zi á ozté le paese daremóz la guelta por la cru é los carniseros, y... veremoz.. puez...» lo demas se lo dijo al oído.

—«¡Ay hijo mio! (contestó con énfasis la buena vieja) bendita sea tu boca: eres lo mismo que mi difunto, siempre con el ojo en la muy»—«Niños por el lao é abajo.»

—«Es muchachos, ¿qué jaseis paraos? y lo mesmo vosotraz; zuenen laz castañalaz, rascaltez la hariga á ezaz guitarrax; y tu Canario que no ze iga que loz de la *caye rial* tan quitao la gena é graznar con eze razguño.» Y terciando airosamente el embozo de la capa por debajo del brazo izquierdo, se puso á platicar por lo bajo con su prenda el bien plantado Tagarote.

Todos obedecieron la insinuacion de la Tarasca y de Josello, rompiendo la marcha con un vivo pasacalle acompañado de baqueta, platillos, castañuelas y palmas. Luego que hubieron pasado la fuente y el portillo, tomaron sobre la izquierda para buscar uno de los callejones que van á dar á la encrucijada donde se halla colocada la cruz, norte de su rodeo. El cielo iba perdiendo su azulado oscuro, y solo brillaban las estrellas de mas luz; por el oriente se divisaba ya una lista plateada; la elevada cumbre de Sierra-nevada iba aclarándose insensiblemente, y soplaban el viente fresco y húmedo propio de las mañanas de Mayo. Con bulla y fiesta entramos en los caminos que comparten las fértiles huertas de aquella vega, cerrados por sauces, zarzales ó almeces, y despues de

(1) Véase el número anterior.

(2) Manantial célebre por la pureza de sus aguas, aunque escaso. Está sobre la orilla izquierda del Barro en un lugar amenísimo, y se dice que bebiendo sus aguas se curó el Gran Capitán de ictericia. Chateaubriand comenzó allí el último *Abencerage*.

varios rodeos por aquel frondoso laberinto llegamos á la *cruz de los carniseros*, monumento cuya historia nos reservamos para otro lugar, tosco y sencillo, de piedra de Sierra-Elvira, pintado todo de almagra en otros días, ahora revestido de flores y verduro, y alumbrado por un farolillo de rejas; monumento que á pesar del romanticismo de sus tradiciones, de su apacible y melancólico retiro, y del respeto que infunde en aquellos sitios sombríos, está destinado á presenciar escenas de sangre, comilonas y borracheras. Por la solemnidad del día se le había adornado con guirnalda de rosas y lirios, de mastranzos y gayomba, y los habitantes y paniaguados de los ventorrillos inmediatos habían formado cerca de su pedestal una especie de sala con ramaje y maleza, donde se daba culto á Baco largamente, entre ruidosas careajadas y desenfrenados cantares escitados por el mosto. Nuestra comitiva fue recibida con aplauso, y aun invitados por la tia Tarasca mataron los mozos el gusano con abundosos tragos de aguardiente y hñuelos hirbiendito. Tiempo es de advertir que noté sorprendido, á la separacion de tan amigable compañía, que varios de los caritorvos nos siguieron sin abandonar sus capas ó capotes, despues de haber sido llamados en particular por Josello.

Entramos por el portillo de Gracia, con una estrépitoso fiesta que la tia Tarasca, Josello y todos animaban mas que nunca; pero todo se fue apagando conforme atravesábamos la poblacion, dormida y alumbrada solo por la moribunda luz de algunos fétidos pabilos de los faroles con quienes el sereno había sido mas pródigo. Al atravesar la plaza de Bibarrambía los hombres todos se dispersaron, y aun la tia Tarasca con otras ancianas, dejando mi única persona para vigilar el coro de ángeles que me seguia. Temí entonces formalmente, pues palpaba que mi aficion á los bailes me conducia tal vez á un desolace poco agradable; pero alentado por Rosa, que, volviendo hacia mí sus hermosas pupilas, quería inspirarme confianza y resignacion, seguí por el forceido Zacatin, sin que pareciese la gente hasta llegar á la plaza, que fundada sobre el Darro (3), ha sido teatro de tantas y tan variadas aventuras. Allí formóse otra vez la columna, algo disminuida sin embargo, y tomamos la carrera arriba. Entonces, quedándome algo retrasado, entablé el diálogo siguiente con el Tagarote.

—«Dime, Josello, ¿qué tramoya tienes entre manos esta noche? Ya sales, ya entras, ya silbas, ya cuchicheas; te pierdes, vuelves con otros que á su vez desaparecen; unas veces cantas, otras mandas callar.... ¿Desde cuándo tanta reserva conmigo?... Esta noche ya me tienes incomodado.»

—«Con osté naita ze pué jilvaná (repuso el terne sonriéndose); ziempre el mezmíto, avizorando, y maz zentío que las perdises... Le jallará á ozté clarito, zin múzica; lo plata, como se jase entre camarás. Pué zeñor, el tio Corachas yegó mientras el jalco, y me avizó pá que con unoz amigoz fuese á ayudaye á *meneá* dos cargas de avio. Yo, aunque

(3) La plaza nueva.

zaba, como platicamos allí alante, que aquellos soniehes é la *caye rial* iban á aruá tremolina, fui pá ayá, y dí de ojo á la comae señalando á la Tarasca) pá que entretuviese el negocio, y me largué. Ví loz géneroz, me jisieron tilin, y loz tomé toitos po un tanteo; que grasias á Dioz tengo quien loz apaude. oi el tiro, y ya vozé que yegué á tiempo. Luego le ije á la comae que podíamos con el jaleo... y... metelo. Yamé á loz camarás é la cru é los carniseroz, y á Dioz grasias ya está toito en poer de on Cañuto Trampa.»

—«Acabáramos!... Y supuesto que ha pasado el peligro, vamos á llegar pronto á la fuente, donde es preciso que reanimos la gente, y que esto no se acabe por dormirmos.»

En esto cruzábamos el último puente de la ciudad que oprime al río de las arenas de oro, y sin echar sigulera una mirada á los torreones carcomidos de la Alhambra que coronan su orilla izquierda, tomamos las serpeadas cuestas que conducen á la tan decantada fuente. Cuando llegamos á la plataforma rodeada de álamos, zarzales, yedra, sauces y avellanos, donde corre el modesto manantial, nos encontramos ocupados los asientos por otra alegre bandada, y determinamos seguir hasta la *fuenta agrilla*. Luego que hubimos llegado tomamos un refrigerio, y comenzó el baile sobre la verde alfombra.

La mañana estaba hermosísima: unas ligeras nubesillas que deseansaban sobre los cerros, donde se cree que estuvo la antigua Asípula, se levantaron mecidas por el viento y enrojecidas con los rayos del sol, como estopa ardiendo arrojada á merced de las brisas; todos los pájaros que habitan las orillas del río cantaban acordermente, y los avellanos y los álamos se mecián á impulso del aura de la mañana. A nuestros pies principiaban ya á moverse los labradores de los cármenes, situados en las escarpadas márgenes del río que allí vá oculto entre la verdura y casi sin agua.

Las muchachas luego que se miraron tan pólidas y ojerasas por la mala noche, luego que se sintieron sin fuerzas para bailar, sin pulmon para gritar, y sin aliento para contestar á las insinuaciones de sus amantes, empezaron ellas mismas á desfilir en conformidad con las viejas, en otras ocasiones tan maldecidas, volviendo mustias, cabizbajas y silenciosas á sus hogares.

Tal fue la funcion con que se solemnizó la *cruz de Mayo*, funcion notable y fecunda en consecuencias, pues á mas del contrabando que se introdujo, del mayor consumo que tuvo el tabernero, de algunas sábanas, colchas y pañuelos que se chamuscaron con el tiro (agenas éran las mas), de los palos y de otras no menos laudables: allí se ajustaron las bodas de Joseillo y la Rosa, hicieron las paces el Canario y su cuya, se estrecharon los anillos de los corazones de Minuta y la Estrella, Lenteja, la Chiquita, Clara, Pedro el Sastra, la Paca... Dejaré aquí la pluma, porque la *Cruz de Mayo* con sus consecuencias va siendo para tí caro lector, un artículo mas pesado que la cruz de *Puerta-Cerrada*.

J. GIMENEZ-SERRANO.

ARQUEOLOGIA.

INSCRIPCIONES EN EL MONASTERIO DE VILLANUEVA DE CANGAS DE ONIS, EN ASTURIAS. (1)

S. Martin con el favor de Theodomiro rey de los Suevos que ocuparon la Galicia y las Asturias, fundó es verdad, varios Monasterios bajo la regla de S. Benito á mitad del siglo VI; y atendiendo á que la arquitectura de esa iglesia monasterial presenta mucha antigüedad y analogía con la española antigua, no estaria del todo fuera de razon quien juzgase aquel uno de los primeros, no lejos del monte Sueve, pero de los muchos que entonces se fundaron: aunque con mayor suma de razon para juzgarle del siglo VIII, ya por los heróicos sucesos de que fue teatro aquel suelo clásico del valor y lealtad, ya por las circunstancias que adornan ese género de órden arquitectónico, debo desechar una idea sin otro apoyo que el que suministran las formas y costumbres de los tiempos, por otras mas exactas que hablan al observador mas que las congeturas históricas hijas de la imaginacion. Por ocasion de haber fijado el Rey Pelayo, y sucesores, su Corte y residencia en el mismo punto que por su fortificacion natural les proporcionó el triunfo, al paso que les ofrecia seguridad, y aun grato recuerdo, natural era se ocupasen de la ereccion de monumentos que perpetuasen la memorable victoria que unos pocos valientes alcanzaron sobre un enemigo orgulloso y aguerrido en aquel suelo, maravilloso sepulcro del yugo agareno. Dedicáronse por virtud de aquellos plausibles sucesos y ocasion, suntuosos templos al triunfo de la Santa Cruz, portentoso estandarte que guiaba á la victoria al glorioso Pelayo; y á Santa María, á cuya proteccion encomendó su santa causa, á la inmediacion de la corte dó simbolizan la fria gratitud y amparo á que atribuyeron el prodigioso suceso de la salvacion de la patria; y yo me atrevo á asegurar que no tiene otro origen la concurrencia en romería á esos santuarios por mayo y setiembre. No contentos todavia los sucesores del heróico Pelayo con esa magnífica demostracion en la Cueva del Refugio, en las ásperas montañas que repitieron los religiosos ecos de la victoria del cristianismo, y libertad de la España, llevaron la pia memoria á la capital de los pueblos donde se guardase ese ejemplo venerable para la posteridad: allí con mas grandezza alzó Pruela I por los años 777, otra iglesia al triunfo de la Cruz del Salvador; y la maravillosa Cruz obra de los Angeles vino, engrandecié y honró á esos pueblos, dechado de fidelidad, en tiempos del casto Rey, queriendo vivir entre ellos; su aparicion fue el premio y la señal de la mas gloriosa restauracion de la católica España; es el estandarte triunfal de los asturianos, su honra y prez; fue por fin, el principio de toda buena obra entre los españoles, y lo es en esa lápida que me ocupa, de la Cruz Angélica, el monograma.

JOSÉ MARIA ESCANDON.

(1) Véase el número anterior.

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ITALIANA.



(Sacra Familia vulgarmente llamada la Perla.—Por Rafael de Urvino.)

Esta denominación no es debida, como sucede generalmente, á la representacion de un objeto notable en el cuadro; viene de Felipe IV que al verlo exclamó: ¡Hé aqui la perla de mis cuadros! Se puede no adoptar enteramente la opinion del Monarca, pues este cuadro no es considerado como el mejor del Real Museo, ni como el mas precioso que haya hecho Rafael. El colorido es agradable aunque un poco oscuro; la Virgen tiene con una mano al niño, que está medio sentado sobre una de sus rodillas, teniendo la pierna izquierda apoyada en la cuna. San Juan le ofrece en su pellica varias frutas, que el niño va á tomar, mirando al mismo tiempo con sonrisa á su madre como para pedirle permiso. Esta le contempla amorosamente, y tiene el brazo izquierdo apoyado sobre la espalda de Santa Ana, que está arrodillada

junto á ella como embebida en agradable meditacion: á lo lejos está S. José entre unas ruinas.

Este cuadro que pertenece á la época de la transición del segundo al tercer estilo de Rafael, fue de Carlos de Gonzaga, Duque de Mantua, quien le vendió en 1628 á Carlos I Rey de Inglaterra; á la muerte de este soberano lo adquirió, para Felipe IV, Don Alonso de Cárdenas, embajador de España. Estuvo en la sacristía del Real Monasterio de S. Lorenzo del Escorial desde alli pasó al Real Museo de Pinturas de Madrid, y está colocado con el número 726. Ha sido grabado por J. B. Moró; J. B. Franco, Verstermaun, y litografiado en contorno por Armand.

Tiene de alto 5 pies y 2 pulgadas; ancho 4 pies, 1 pulgada, 6 líneas.

NOVELAS.

ANABA

(Novela original)

A MI AMIGO D. IGNACIO MARIA ARGOTE.

I.

En un pequeño pueblo de la provincia de Alicante, se celebraba la apertura de una magnífica fábrica de paños, que el caballero Mr. Friescher acababa de establecer; los oficiales destinados á esta nueva fábrica, las aldeanas y los aldeanos, celebraban á la vez la apertura de este establecimiento que tantas utilidades iba á reportar á todo el vecindario. Don Francisco Ibarra director de la fábrica, y su esposa Doña Juana, concurren también á estos regocijos, en los que tanta parte debían tomar por ser de los más interesados: todo era júbilo y alegría, las aldeanas bailaban, las personas respetables y los caballeros convidados tenían en un departamento un magnífico ambigú, y jugaban al tresillo y al ecarté: el pueblo todo y los Caballeros, disfrutaban indistintamente de los regocijos y diversiones, preparadas por Mr. Friescher para la inauguración de su fábrica.

—Buen establecimiento, Sr. Ibarra, decía un Caballero á el director de la fábrica, buenos pesos se habrá gastado en él Mr. Friescher, pero ya los recogerá duplicados; ¡qué magníficos telares! pronto tendrán que evidiar los paños de Inglaterra y Francia, á los de la nueva fábrica de la provincia de Alicante.

—Si no fuera por esa maldita manía de querer ser en todo extranjeros, bien sé yo que esta fábrica había de hacer progresos rápidos, pero...

—No importá caballero, decía otro; con un director como el Sr. Ibarra, y con tan buenos oficiales como los que Mr. Friescher tiene, ya el mérito de sus tejidos ahogará esa que no es más que una manía, y conocerán los extranjeros que para nada bueno los necesitamos.

Estos y otros varios razonamientos se oían en boca de los que asistían á aquel convite, que podemos aunque impropriamente llamar artístico.

Concluyeron los regocijos y cada uno se fue retirando á su domicilio.

—Muchas ganancias, Mr. Friescher, decían todos al retirarse.

—Gracias caballeros, contestaba el francés.

Marcháronse todos, y el director Ibarra y su esposa se retiraron también á su casa; era este un matrimonio de los que suele haber pocos, honrados, afables, cariñosos, modelo de virtud y fidelidad conyugal; dos hijos eran el fruto de este feliz matrimonio, y ambos eran los ídolos del pueblo, por su modestia, por su afabilidad y por la buena educación que les habían dado sus padres. La mayor, niña de unos ocho años, era preciosa, viva, afable y tan cariñosa, que cualquiera desgracia le hacía derramar abun-

dantes lágrimas; era al mismo tiempo tan caritativa, que más de una vez había á hurtadillas de sus padres socorrido con las provisiones de la despensa de su casa, la miseria y estrechez de algunos infelices aldeanos. Todo era bello en aquella tierna niña; á una cara angelical, un cuerpo esbelto, un semblante modesto y risueño, acompañaba un corazón puro y un alma sensible y naturalmente virtuosa. No había persona que no se prendase de ella, y que no admirase en su tierna edad, un corazón tan justo, y un talento tan despejado. En la narración de esta historia tendremos ocasión de admirar las bellas prendas que distinguían á esta preciosa niña, digna de una suerte más feliz que la que alcanzó. El otro hijo del director de la fábrica llamado José, era también en extremo afable, pero dotado de un carácter altanero, y de una inflexibilidad de corazón, que solo la educación pudiera formar de él un hombre honrado y sociable.

Esta familia, aunque de mediana fortuna, había vivido siempre con descanso, socorrida con el sueldo que había disfrutado el marido como director de otra fábrica de paños establecida en la villa de Alcoy; la ruina de esta fábrica y el establecimiento de la de Mr. Friescher, hicieron variar de domicilio á esta familia, y venir el Ibarra á dirigir la nueva fábrica á instancias de Mr. Friescher, que conocía y apreciaba los conocimientos del director en las hilazas, tejidos y tintes de la lana.

Con tan buen director, con los grandes capitales de existencia, y con los buenos oficiales que se había hecho venir, Mr. Friescher, intentaba rivalizar con las fábricas más acreditadas del reino, y competir con las extranjeras. Empezáronse los trabajos con buen éxito, los tejidos se despachaban, los telares no cesaban de trabajar, y todos los días había necesidad de aumentar el número de los operarios, cada día tomaba más incremento y por momentos adquiría fama la nueva fábrica de Mr. Friescher; pero esta fama y aceptación fue muy pasajera, y al poco tiempo empezó á decaer; semejante á un fuego fatuo que brilla sin alumbrar, el crédito de la fábrica subió á el más alto puesto y cayó después precipitadamente, sin que se pudiera remediar su caída; el desdichado francés tuvo á poco que despedir muchos de los operarios, y por último que cerrar la fábrica.

Con tan infausto acontecimiento, la buena familia del director tuvo que buscar nuevos medios de subsistencia, se pensó en marchar á Valencia, en volverse á Alcoy y por último á Madrid, donde se hallaba una hermana de Doña Juana, á cuyo lado podrían vivir con algún más descanso; emprendióse con efecto el viaje á Madrid, y tuvieron que despedirse y abandonar á el desdichado Mr. Friescher y á aquellos pobres y bondadosos aldeanos, que no pudieron menos de llorar amargamente la pérdida de una familia tan honrada, tan caritativa y tan amable.

—El cielo os conceda más suerte en otra empresa Mr. Friescher, y si alguna vez puedo aliviar en algo vuestra desgracia, contad siempre con mi cariño. Adios

Juan, adios buenos y honrados aldeanos, vivid felices y contad siempre con mi eterno agradecimiento. Las aldeanas basaban llorando á los hijos del honrado director, y la inocente y cándida Amalia lloraba amargamente tan inesperada separacion. Este es el único galardón generalmente concedido á la virtud y á la honradez; el aprecio general es la muestra mas palpable de las buenas prendas, mucho mas cuando se halla representado por personas sencillas y generalmente virtuosas, como sucedia con estos aldeanos.

Desde este momento empezaron ya las angustias, las desgracias y los pesares á abrumar y entristecer á esta desventurada familia. Separados del trato sencillo y franco de las aldeas en que casi siempre habian vivido, y que era á ellos tan natural, y poco acostumbrados por lo mismo á las infernales intrigas y vida relajada de la corte, hubieron de sufrir muchos sinsabores en ella, y jamás hubieran podido acostumbrarse á su trato. Tan difícil es variar las costumbres, sobre todo en personas ó pueblos ya adultos.

Un cuarto segundo de una casa decente en una de las calles principales de la corte, donde vivia Doña Tomasa, dio alojamiento proporcionado á la familia del director. Los primeros dias se pasaron sin incomodidad, mediante los pocos cuartos que habia de existencias, de los cuales en poco tiempo se dió cuenta entre Doña Tomasa y algunas de sus amigas; pero esto se acabó como se acaba todo lo que gastándose no se repone, y fue preciso ya tratar de buscar recursos para poder subsistir; en la honradez de esta familia no cabia valerse de los medios indecorosos de subsistencia de que por desgracia tanto abunda la corte: hubo jugadoras que le ofrecieron ponerle casa y pagarle lo suficiente para vivir con comodidad y aun con esplendidez, si les permitia tener una casa de juego que con todas las apariencias de una colta sociedad, fuese en realidad un *garito* que no se diferenciase en nada de los mas indecentes de la corte. En corazones puros y virtuosos, jamás caben pensamientos ni hechos viles y nefandos; pueden pecar, ser juguete de la fortuna, de la envidia y de las pasiones, pero nunca cometerán una villanía; así que todos estos planes fueron desechados por la familia del director, con la altivez que inspiran la honradez y la virtud.

La corte no es para corazones puros y virtuosos como el de Ibarra y su familia, así como las bellezas de la naturaleza, el sol que ríe en un cielo puro y sereno, los alombrados valles, las pintorescas colinas y todos los demas encantos de nuestra madre naturaleza, no son para corazones impuros, sino para los que tienen un alma sencilla y virtuosa. La corte es un mundo bastante difícil de comprender, y en el que casi siempre triunfa la infamia de la virtud, y las acciones perversas de las buenas y justas. La virtuosa familia del director no podia sufrir una vida tan diferente de la que hasta entonces habia disfrutado, y mucho menos podia adoptar un medio de subsistencia que repugnase á su virtuoso corazón: en situacion tan angustiosa pensaron volverse á Alicante, donde poseian

algunos bienes, y vivir mejor allí reducidos á lo que honradamente pudiesen ganar, que permanecer en la corte y tener que elegir un medio de subsistencia indecoroso. Todo estaba dispuesto para el viage, cuando un acontecimiento extraordinario vino á dar el último golpe del infortunio á esta familia desventurada; el padre que era el único consuelo, el único apoyo de todos, cayó postrado en cama con unas fuertes calenturas, que en breves dias le condujeron al sepulcro. Este nuevo golpe, tan inesperado y tan terrible, puso colmo á la serie de desgracias que habia experimentado la infeliz Doña Juana, y con ella sus desventurados hijos. Ya no se pensó en la partida á Alicante, porque no podrían vivir en él con lo poco que poseian, y porque la casi repentina muerte de un esposo y de un padre tan cariñoso y tan honrado, habia herido de tal modo sus almas, que por mucho tiempo permanecieron en una inaccion, que podia caracterizarse de demencia ó de estupidez; la desdichada Doña Juana estuvo loca una infinidad de dias, y la tierna Amalia, la inocente huérfana, demasiado sensible para soportar tanta desgracia, cayó en cama agoviada con unas calenturas nerviosas de las que escapó milagrosamente. Lloraba la inocente niña, y aunque su razon no podia comprender lo amargo de su situacion, su corazón entrañablemente cariñoso no podia soportar la pérdida terrible de un padre tan amable y bondadoso.

—Si al menos el cielo, solia decir, ya que quiso una víctima, ya que juzgó necesario castigar la maldad de esta mi desventurada familia, hubiese elegido á la mas inútil, á la mas miserable, entonces yo bendeciría sus decretos, y dejaría con gusto esta vida por que mi padre viviese y mi familia pudiese subsistir; pero mi padre, el único consuelo de una familia desventurada, el que solo podia endulzar lo amargo de nuestra situacion, un padre tan amante de sus hijos ¡ah! perdonadme señor que no se lo que digo, pensad que es muy cruel y dolorosa la pérdida de un padre querido.

—No os aflijais tanto Señorita, le decia una infeliz muger que compadecida de sus desgracias la asistia voluntariamente: el cielo que todo lo sabe y lo penetra lo ha dispuesto así, y el sabrá remediar vuestras desgracias; fiad en su bondad y en su justicia.

—Si: estoy resignada con sus decretos, confío en su bondad que no dejará abandonada y sin recursos á esta infeliz muger; pero dejadme llorar la pérdida de un padre el mas cariñoso, el mas amable y el mejor sin duda de todos los padres: el cielo me dé valor para soportar tanta desgracia.

No pudo decir mas, el llanto ahogó su voz, y lánguida y sin aliento, dejó caer su cabeza hermosa sobre la almohada: su rubia cabellera destrenzada, caía en nudosos rizos sobre sus mejillas de coral, y la blancura de su tez hacia resaltar mas la hermosura de sus negros y brillantes ojos. Nunca habia estado Amalia mas interesante; su acerbo dolor parecia dar mas realce á su hermosura, pero la infeliz Amalia habia

recibido un golpe terrible; la muerte de un padre querido y que tanta falta les hacia en las críticas circunstancias en que se hallaban, fue una desgracia tan grande que descompuso toda su delicada organizacion; y no teniendo bastante serenidad para sufrir tanto mal, se entregó con esceso á los delirios y á el dolor mas profundo.

En tanto que esto pasaba con la infeliz huérfana, su madre que habia vuelto á su juicio despues de algunos dias, se hallaba en la sala inmediata tendida en una cama, esperando por momentos que finalizase su existencia; unas fuertes calenturas cerebrales habian sucedido á aquella enagenacion mental, y la infeliz Doña Juana apenas daba señales de vida: el doctor que la asistia la habia ya desahuejado, mandando al mismo tiempo que nada digesen á la pobre Amalia.

El mal se fue agravando por momentos, y despues de haberle suministrado los últimos consuelos de la religion, dirigió pocos momentos antes de espirar estas palabras á Doña Tomasa que la asistia:

—Querida hermana, le dice apretando convulsivamente la mano, voy á morir; dentro de pocas horas no existiré; y mi alma irá á unirse con la de mi querido esposo; pero dejo en este mundo de engaños y de pérdidas dos hijos inocentes, sin mas amparo que el cielo, ni mas defensa que su buen corazon y la educacion esmerada que les he dado: sé tu su norte, su guia, dirígelos siempre por el camino de la virtud y la honradez; acuérdate que tu hermana próxima ya al sepulcro te lo encarga, y que te lo ruega con lágrimas de dolor: cuida sobre todo de mi Amalia, de esa tierna flor que va á ser combatida por los huracanes del mundo, y que sin tu apoyo y el del Cielo, perecerá entre el lodo. El Dios de los hombres que premia las acciones virtuosas te bendicirá, y yo confiada en tu cariño, tendré resignacion y esperaré sumisa los decretos de la Providencia.

Pocos intervalos habia tenido Doña Juana tan largos como este ni de tanta serenidad; pero era preciso cumplir con este santo deber, y el cielo le habia concedido el tiempo que necesitaba. Pocos momentos despues espiró, ahogándose en sus labios estas tiernas palabras.

—Queridos hijos, huérfanos infelices, habeis perdido el padre mas honrado y amoroso, y ahora perdeis una madre que tanto os quiere: el Cielo lo ha dispuesto así, cúmplase su divina voluntad. No olvideis nunca mis consejos, y vivireis felices en la tierra, para ir á gozar despues de la mansion de los ángeles: y tu Señor que todo lo dirige y lo penetra, haz que sean justos y virtuosos.

Un apretón convulsivo que dió á la mano de su hermana fue el último esfuerzo que hizo: murió bastante tranquila y resignada, porque la virtuosa Doña Juana ignoraba la suerte infeliz que en este mundo habia de caber á sus desdichados hijos, é ignoraba tambien la mala índole de la infame Doña Tomasa.

Cuantas desgracias se rennen á veces en un solo individuo, cuantos sinsabores no ofrece la vida para los que nacen con un sino desgraciado: hemos visto á la pobre Amalia perder su fortuna, su bienestar, su padre, su madre infeliz, y quedar abandonada en el mundo sin otro amparo que el de una tia inmoral y perversa. ¡Cuántas desdichas no sufrió despues! ¡cuántos pesores no la agoviaron! ¡parece que la mano de la Providencia puso empeño en probar su virtud! pero todo lo sufrió con extraordinaria constancia.

Dispusiéronse los funerales de Doña Juana con el mayor sigilo y reserva, á fin de que la infeliz huérfana no supiese nada de cuanto pasaba. Todo salió bien, y al dia siguiente por la mañana fue sepultado su cuerpo en el cementerio, cerca de la tumba de su esposo.

Muchos dias se pasaron sin que Amalia pudiese levantarse de la cama; pero al fin, mediante las diligencias del médico pudo verificarlo, aunque en extremo débil y delicada. Fingióse por el pronto que su madre habia sido trasladada á otra casa, que tenia mejores proporciones para cuidarla con el esmero que exigia la gravedad de su situacion. Con este ardid fueron poco á poco informándola de la muerte de su desgraciada madre.

Si el auxilio de la Providencia, no hubiera podido la tierna jóven sufrir este segundo golpe, aun mas terrible que el primero; pero la misma mano que dispone los disgustos, da casi siempre la resignacion necesaria.

Bien jóven empezó á experimentar los sinsabores de la vida, y con indecible tiranía le fue la suerte acumulando desgracias las mas terribles. De diez años se hallaba ya sin padres, sin auxilios y entregada sin timón al tormentoso mar de la vida.

—El cielo me ha hecho desgraciada, solia decir, para probar sin duda mi resignacion, cúmplase sus sagrados decretos.

Cualquiera que haya leído hasta este punto, extrañará que nada hayamos dicho de Doña Tomasa, que ha hecho bastante papel en el discurso de esta historia; pero hay caracteres y personajes que el corazon se niega á describir y que la pluma no quiere representar. Hay almas tan inmundas y tan viles, que debieran habitar mejor en el cuerpo de una pantera, que en el de un ser racional. Por esta causa hemos dilatado esta descripcion, que suprimiriamos de buena gana, si el interés de la novela nos lo permitiese.

Doña Tomasa, hermana mayor de Doña Juana, dió á conocer lo perverso de su corazon desde sus primeros años, fugándose de casa de sus padres despues de haberles robado todas las alhajas y dinero que pudo, marchando á Valladolid con un jugador de profesion que se habia captado su amor, si es que el amor tiene cabida en corazones tan inicuos como el de Doña Tomasa.

Lo que pasó con esta señora en Valladolid, puede el lector figurárselo por la extraña manera con que emprendió su carrera; pocos años despues la abandonó

su amigo, y no hallándose bien en Valladolid pensó venirse á Madrid, que, como ella decia, es charco hondo, y no se sabe si los peces son buenos ó dañados. En vano sus padres intentaron hacerla volver á su seno, y los desdichados murieron con el pesar de tener una hija ingrata.

Vino á Madrid Doña Tomasa, y con su garbo, su cara, y su natural talento, logró que un antiguo dependiente de palacio llamado D. Pascual de Benavides, hombre rico, solteron y rumboso, se prendase de ella y le diese lo necesario para vivir con el desarreglo y el despilfarro que siempre había acostumbrado.

Era Doña Tomasa de buena estatura, blanca, con buenos ojos, y bastante graciosa; sus modales no eran los mas finos, su trato era insoportable y se hallaba dotada de un talento vivo que le ayudaba bastante en sus empresas. Gustaba mucho de franca-chelas y diversiones, y estaba acostumbrada á gastar sin tasa y á su capricho.

Acostumbrada á una vida tan holgazana, no podia soportar hallarse sin recursos, y viéndose ya de alguna edad, pretendió vivir siempre á su modo, aunque fuese á costa de la perfidia y de la inmoralidad. Con este motivo habia escrito varias veces á su hermana para que se viniese á su lado, pensando sacar partido de ella, haciéndola aceptar un empleo lucrativo aunque no fuese muy honesto.

Su virtuosa hermana sin comprender el objeto del cariño de Doña Tomasa, habia rehusado hasta entonces sus ofertas por motivos de conveniencia; pero habiéndose encontrado despues sin medios de poder subsistir, vino á su lado, creyendo de buena fe en el amor de su hermana. De este modo se habia libertado hasta entonces la buena familia del director, de las perversas intenciones de Doña Tomasa.

En manos de una muger tan inmoral, vinieron á parar los inocentes hijos de Doña Juana; la bella Amalia que tendria unos doce años, y José poco mas de ocho, ambos bien educados pero demasiado jóvenes para precaverse de las asechanzas del mundo. José á pesar de todo no era muy amante de su tia, y aunque niño le incomodaba mucho su conducta disoluta. Amalia por el contrario, demasiado amable é inocente, juzgaba bien de todos, especialmente de los que componian su familia: amaba á su tia como á una madre, y se prestaba gustosa á cuanto le decia, con tal que no repugnase á su corazon.

Siempre sencilla y modesta, jamás habia dado disgustos á nadie, y aun en medio de su angustiada suerte, nunca se le oyó expresion alguna que pudiese incomodar al que la oyese; lloraba su desventura y la lloraba amargamente, pero de modo que no afectase á nadie.

—¿Qué culpa tiene el que me escucha de que yo sea desgraciada? y habré de hacerle tomar parte en mi desventura? no, demasiados sinsabores ofrece generalmente la vida, para que yo los aumente con mis impertinencias.

De noche en sus oraciones pedia al Cielo por las almas de sus padres, y porque protegiese su malhadada suerte; pero resignada siempre con los decretos del Altísimo, nunca se la veia de mal semblante; siempre risueña y cariñosa, era la admiracion de cuantos la veian, y nunca hubo uno que se propusase á manchar su pureza; á todos inspiraba amor y respeto, y todos gustaban escucharla, oír su dulce voz, y admirar las agudezas de su natural talento.

Pero bien pronto se agotó la lozanía de esta flor, bien presto el huracan de las pasiones desenfrenadas secó su aliento puro, y fue arrastrada por la tormenta, al inmundo lodazal de los vicios. Corrompida por el aliento impuro de su tia, y hecha juguete de su hidrópico deseo de oro, sufrió la inocente y cándida paloma la desgarradora mano del gavilán que hizo pedazos su honor y castidad.

L. VILLANUEVA.

ANUNCIO.

Se ha publicado en estos dias últimos el nuevo *Manual histórico-topográfico, administrativo y artistico de Madrid*; escrito bajo plan mas estenso y conforme al cuadro actual, por *D. Ramon de Mesonero Romanos*.

Esta obra enteramente nueva, por las infinitas alteraciones ocurridas en la administracion y forma material de la villa, tiene hoy el mismo interés que supo escitar en su primera aparicion hace doce años, y el autor al emprenderla de nuevo, y llevarla á cabo con una prolijidad y esmero singulares, ha hecho sin duda alguna un buen servicio al pueblo de Madrid. Nos reservamos por hoy entrar en mas detalles, dejando para mas adelante el hacer un juicio crítico mas detenido de esta importante publicacion.

Consta de un tomo abultado de treinta y dos pliegos y medio de impresion, en letra nueva, clara y compacta, papel superior, láminas finas gravadas en dulce que representan los principales edificios y un plano topográfico de Madrid. Véndese á 24 reales en las librerías de Cuesta calle Mayor, de Rios y de Jordan, calle de Carreías, Europa calle de la Montera, y de Monier Carrera de San Gerónimo. En las provincias puede pedirse por las administraciones de Correos, y librerías donde se suscribe al *Semanario*.

